



LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

Acabamos de vivir el Domingo de Resurrección, el día de Pascua, en esta situación tan especial, larga y difícil en la que nos encontramos. El día más grande para los cristianos. Tan grande que lo vamos a seguir celebrando durante cincuenta días: el Tiempo Pascual. El que hemos preparado durante la Cuaresma.

En la Iglesia afirmamos que este es el tiempo definitivo. Que vivimos para siempre en tiempo pascual. ¿Qué significa esto para nosotros, cristianos del s.XXI afectados por esta pandemia? ¿Cómo vivimos este tiempo de gozo y de triunfo en estos momentos? ¿Qué sostiene nuestra fe en Jesús Resucitado? ¿Cómo afirmamos nuestra fe en nuestra propia resurrección y la vida eterna? Estas son cuestiones fundamentales, hoy y siempre, para los que nos decimos seguidores de Jesús.

En aquel primer domingo de resurrección Jesús, “vivo y glorioso”, venciendo a la muerte sale al encuentro de sus discípulos transformando sus vidas; y ahora, cada día, sale también a nuestro encuentro, recorre con nosotros los caminos de nuestra vida, parte para nosotros su pan y transforma nuestros corazones.



Domingo 2º de Pascua

El evangelio de este segundo domingo de Pascua nos habla de abrir puertas cerradas por el miedo, de recibir la PAZ del resucitado y salir a transmitirla. Nos habla también de estar con los hermanos, con la comunidad y de creer aunque no todo lo tengamos claro o lo podamos comprobar. Posiblemente todos hemos pasado por la experiencia de Tomás, pero como él, nos sentimos invitados a pasar de ser incrédulos a creer. Abramos nuestro corazón para escuchar al Maestro: ***¡Paz a vosotros!***

Juan 20, 19-31

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos.

Era el anochecer, ese momento en que las tinieblas empiezan a apoderarse de la tierra, cuando comprendemos que el día se termina pronto y quizá no nos quedan posibilidades de hacer algo soñado... y los discípulos estaban en una casa, con puertas y ventanas cerradas, por miedo... ¡Como nos suena el escenario! En estas últimas semanas, ¿quién no ha sentido que las tinieblas se apoderaban de nosotros y nuestro mundo y truncaban tantas cosas, tantos proyectos, tantos sueños, incluso tantas cosas a las que estábamos acostumbrados y considerábamos “normales”?

Desde nuestra experiencia es fácil entender la de los discípulos después de la muerte de Jesús, aquel en quien habían puesto su confianza, de quien esperaban un futuro distinto... ahora que están solos, ¿qué sería de ellos?

A pesar de los años que habían pasado desde la muerte de Jesús, el miedo seguía estando presente en muchos hombres y mujeres bautizados y en muchas comunidades. Las persecuciones a las que eran sometidos hacían que su experiencia fuese muy semejante a la de los apóstoles. Ellos también se sentían inseguros y desorientados y se escondían con miedo.

Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros» Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor.

El evangelio nos remite a la presencia de Jesús en medio de la comunidad que se reunía y se reúne el domingo en su nombre. Los primeros cristianos experimentan con mucha fuerza que Jesús, el que ha muerto crucificado está vivo y sale a su encuentro. Se hace presente en medio de ellos, a su lado, aun en las peores circunstancias...

Jesús toma la iniciativa y se sitúa en medio de la comunidad, en su lugar. Y sin reproches ni preguntas sobre su falta de fe, o sus miedos, les muestra sus heridas, sus llagas, los convence de que es Él.

Y entonces se opera el cambio, aquellos hombres tristes y asustados, se llenan de alegría porque “Han visto al Señor” que está vivo, que está con ellos.

Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.»

Los evangelios recuerdan varias veces que Jesús se presentó como portador de una paz especial, una paz que no era como la que ofrecía el mundo. En medio de las experiencias



de miedo que tenían las comunidades cristianas, y que tenemos nosotros, muchas veces experimentan que Jesús les llenaba de paz. Frente a la tentación de quedarse reunidos recordando, experimentaban el envío. Y se sienten decididos a salir.

Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Esta imagen de “exhalar el aliento” nos evoca una nueva creación. Con la imagen del aliento nos dice el Génesis que empezó todo, “Dios formó al hombre de barro, sopló en su nariz y le dio vida” Sin el aliento sólo había barro de la tierra. El evangelio de Juan nos habla del nuevo “aliento” que nos permite vivir conducidos por el Espíritu y experimentando el perdón.

En estos momentos todos nosotros somos conscientes de la importancia del aliento, de la respiración la identificamos con la vida, con la salud recuperada... Junto a esta vida hemos recibido la vida del Espíritu, la vida plena.

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo»

No sólo Judas desentonó en el grupo de los doce. Hoy el texto nos habla de la actitud de Tomás que, en realidad, es una catequesis que refleja como un espejo lo que encontramos en nuestro propio corazón.

Hace dos mil años había dos caminos seguros para conocer la realidad: los cinco sentidos y el testimonio de gente autorizada. Tomás quería estar seguro de que Jesús estaba vivo y quería hacerlo por el camino habitual de su tiempo: tocando y viendo. No le valía el testimonio de su comunidad.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros.» Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.» Contestó Tomás: « ¡Señor mío y Dios mío!»

Pero la experiencia cristiana tiene un fundamento diferente: es un don de Dios que irrumpe en nuestra vida sorprendiéndonos. La comunidad estaba reunida una semana después (de nuevo el primer día de la semana), y Jesús se hizo presente una vez más, llevando su paz. Entendió perfectamente la pobreza y las dificultades de Tomás y de cada uno de nosotros y le ayudó.

Tomás creía que le sería más fácil ser creyente si podía tocar y ver a Jesús, como cuando caminaban juntos en Galilea.

A nosotros ¿qué nos ayudaría a ser creyentes?

La invitación que le hace a él sigue estando vigente para cada uno de nosotros dos mil años después: “No seas incrédulo, sino creyente...”.

Es decir, no nos reduzcamos a lo que podemos percibir con los sentidos, abrámonos a la experiencia desbordante del Misterio. Hemos recibido el Espíritu Santo, estamos en una comunidad cristiana, Cristo se hace presente en ella de múltiples formas... ¿Seremos capaces de rendirnos y responder como Tomás?

*Jesús le dijo: « ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.»
Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos. Éstos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”*

Una vez más el texto del Evangelio nos invita a la confesión de fe. Pero no de boquilla, sino como experiencia profunda que nos reaviva. Por eso las primeras comunidades compartían el testimonio de que Jesús estaba vivo y les comunicaba vida. El evangelio no es la historia de un muerto viviente, sino la experiencia personal y comunitaria de que la cruz no fue el final de un proceso, sino que más allá de lo que vieron y oyeron en la pasión, la presencia de Jesús resucitado en las comunidades era una fuente constante de vida. Y merecía la pena invitar a experimentarlo a quienes se acercaban a ellas con miedo o una fe débil.

Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

Este domingo sencillamente te invitamos a acoger el mensaje de Resurrección que el evangelio nos trae y a plantearnos en serio nuestra fe en Jesús Resucitado, en su presencia a nuestro lado, en nuestra forma de vivirlo y expresarlo. Podemos contestarnos las preguntas que aparecen en el comentario...

Creer en Jesús resucitado es creer, en palabras del credo, en la “vida eterna”, la que no se acaba con la muerte. Esta fe, si realmente guía nuestra vida nos hará tomar posturas distintas a las que muchas veces observamos a nuestro alrededor. Es bueno que nos planteemos también, ¿cómo estamos educando en la “vida” más allá de la muerte a nuestros alumnos?

Podéis terminar escuchando y meditando estacanción que nos ayuda a alimentar nuestra esperanza:

<https://www.youtube.com/watch?v=fccX6QKXFYs> **Resurrección** de Nico Montero

2. En la clase

En este enlace encontrareis sugerencias y abundante material para trabajar este evangelio con los niños de diferentes edades:

https://docs.google.com/presentation/d/1DMEw3qWzh0cCbU5Itla_Ga_4axFjuBRmDht64nygLxA/edit?usp=sharing

3. En la familia

- ✓ Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...
- ✓ Ante este tiempo pascual podemos plantearnos cuál es nuestra fe, como adultos, padres y madres en la resurrección, en la vida después de la muerte, en Jesús vivo y resucitado.
- ✓ En un segundo momento cómo vivimos y expresamos esto en la familia, en estos días pero también en todos los días del año, en las opiniones, decisiones, planes, etc.
- ✓ Terminamos siempre con una oración pidiendo al Señor nos haga “Personas y Familias creyentes”